

servados sus derechos. Pero sépase al mismo tiempo que aquel pueblo vivía con arreglo á la ley divina, mientras los otros la ignoraban. Prescindo, pues, de hablar de la dicha que obtiene el hombre en el cumplimiento de la ley, considerándolo como persona pública, pues lo creo innecesario al hablar á un pueblo que se halla en plena posesion de todos los derechos religiosos, sociales y políticos. Es mi intencion el enseñaros que el hombre privado no encuentra su dicha temporal sino en el cumplimiento de la ley divina.

En efecto: pasando el hombre su vida al través de mil vicisitudes, estando sujeto á los caprichos de la suerte, ó, mejor dicho, siendo la incertidumbre del porvenir el contrapeso que la Providencia ha puesto para que el hombre atrevido no se arroje en los abismos que le abren á cada paso su irreflexion y arrojo, viviendo en una sociedad viciada por la culpa, entre hombres que han convertido las nobles pasiones del alma en otros tantos agentes innobles, que acarrean al hombre tamañas desventuras, no hay otro medio de oponerse á los males de la vida que el considerarlos en su verdadero punto de vista. Entonces el alma se eleva sobre lo terreno y transitorio, y apenas ha pasado de este nivel, ella es más grande que todos los reveses y que todos los contratiempos y adversidades. Pues bien, amados míos: no es posible llegar á este grado de grandeza sino por el cumplimiento perfecto de la ley de Dios.

¡Qué ideas tan nobles inspira esta ley! Ella sienta por base de sociedad el culto y adoracion de un Sér increado, cuya mano poderosa sacára de la nada cuanto tiene vida y cuanto es materia insensible, conservándolo con la misma sabiduría que lo produjo; ella dice al hombre que sólo este Sér, nobilísimo por esencia, es digno de su amor, porque en Él se encierran, no sólo todas las perfecciones en grado infinito, sino todas las criaturas,

que tanto deleitan nuestra imaginacion; ella presenta este objeto como un patrimonio que ha de poseer con toda plenitud; siendo tan feliz en esta posesion, que ni los ángeles mismos pueden llegar á comprender cuánto encierra en sí esta dicha. Concretemos estas ideas al individuo; practíquelas el hombre, y yo os aseguro que la tierra no es ya un lugar de lágrimas, sino de gozo; al que ame á Dios con el amor puro que su ley prescribe, no le habéis del Dios terrible, porque él no tiene nada que temer, habiéndose abrasado todo en las llamas de su caridad; sirve á Dios por amor, no por temor servil, y entonces se cumple literalmente lo que dice el discípulo amado: «En la caridad no hay temor; mas el amor perfecto echa fuera el temor.» ¿Encontrareis en la tierra un hombre más feliz? No; porque este hombre posee á Dios, y con esta posesion es más grande que todos los Monarcas, más rico que todos los opulentos y potentados, y más instruido que todos los sábios del mundo. ¿Qué digo? Se le haría una injuria formal si se le parangonasen los bienes que él posee tan sólo en amar á Dios con los bienes que proporcionan las riquezas, dignidades y talentos del mundo.

Tras de estas ideas sublimes y consoladoras vienen las que enseña la fé sobre el hombre mismo. Él es aquel hijo adoptivo del Sér divino á quien su Padre celestial ha puesto en un país lejano para que desde él conquiste un reino de que es heredero, pero cuya posesion no puede dársele sino concurriendo á ella dos causas, que son la gratuita voluntad del que lo da y la cooperacion del que lo recibe; él sabe, por tanto, que cuanto le acaezca de adverso en el tempestuoso mundo, es cosa tan transitoria é insignificante, como lo es el céfiro vespertino para el hábil piloto de una nave que boga con tiempo bonancible; él no ignora que su mayor dicha consiste en ser víctima de la muerte temporal para entrar en los go-

ces de la vida verdadera. Los bienes de este mundo no son para él sino un débil paliativo de los males de la peregrinacion, un medio de garantizarse de las dolencias que aquejan á los mortales; por consiguiente, su uso ha de ser moderado para que no perjudique, no teniéndolo en propiedad, sino en usufructo; su vida misma no la debe sacrificar á sí mismo, sino conservarla hasta que el Soberano Dueño se la demande de nuevo para refundirla en el océano de los eternos placeres. Yo os pregunto, amados míos, si un hombre que tiene sobre sí mismo estas ideas puede ser desdichado, y todos me responderéis que no.

Volvamos ahora nuestra vista á la sociedad; examinemos las ideas que la ley divina nos inspira; deducid las consecuencias justas, y encontrareis que Dios quiso que fuéramos todos felices en el cumplimiento de su ley divina. Basta saber el segundo mandato de esta ley, el amor al prójimo, para comprenderlo. Este amor es universal, independiente de las afecciones que la misma ley divina ordena hácia los autores de nuestros días, entre los que se encuentran vinculados en santo enlace, y entre los que tienen una misma sangre en sus venas, afecciones justas, santas y racionales; este amor pone á todos los hombres en un mismo nivel, amando igualmente á los hombres, no porque sean purpurados, ni porque ciñan diademas, ni porque arrastren el brocado, ni porque tengan talento, ni porque veamos á sus piés los trofeos y laureles, sino porque son hombres, hombres que tienen con nosotros identidad de igualdad y semejanza, de filiacion divina y de destino futuro; el amor que la ley de Dios prescribe no distingue de ricos y pobres, de grandes y pequeños, de nobles y pecheros; léjos de hacer á otro lo que no se quiera para sí, porque el amor fraternal lo prescribe, debiendo amar al prójimo como á sí mismo.

He puesto las cosas en el punto de vista que las ha dado la ley divina; aquí no tienen cabida la argucia del retórico ni el acaloramiento del poeta; si ha habido en el mundo edades de oro, sólo ha podido engendrarlas el cumplimiento de la ley divina. Cumpliéndose ésta exactamente por todos y cada uno de los hombres, habria un culto purísimo de adoracion al Sér divino; no habria que temer al asesino, ni al usurero, ni al ratero, ni al hombre hipócrita y de mala fé; desaparecerian de la tierra las causas que han acarreado á la sociedad tanta miseria, tanta sangre y tanta orfandad; entónces se pasearian triunfantes la inocencia y el pudor sin temor de ser mancilladas por los ojos lascivos; entónces se abririan las manos opulentas para desparramar el oro en las de los indigentes; entónces... ¡Ah! Yo estoy delineando los contornos del paraíso terrenal; y así era sin duda, porque paraíso es sin duda el país donde reine el amor de Dios y el del prójimo, como manda la ley, así como es infierno el lugar donde faltan estos dos amores.

¡Ah, amados míos! ¡Qué expansion tiene el corazón creyente que vive con arreglo á esta ley! ¡Qué paz, qué dicha, qué ventura no le rodean en todas y en cada una de las circunstancias de la vida! Cuando al asomar el alba por las colinas del Oriente deja el hombre su lecho y alza al cielo sus manos, ¿habrá momento más feliz que aquel en que el alma se eleva hasta lo infinito, y dice á Dios: «Bendita seas, Bondad inmensa, que aún me das un día de vida para contemplar tus maravillas?» Cuando ha pasado uno el día en las ocupaciones domésticas, quién sacrificándose por el bien de la familia, quién por la salvacion de las almas, quién por la seguridad de la patria, quién ganando el pan con el sudor de la frente, quién bogando por procelosos mares, sin haber faltado en sus tareas á la caridad ni á la adoracion debida á Dios, ni al respeto debido á sí mismo, sin haber sucum-

bido á la adversidad, sin haber consentido en quebrantar la ley; cuando así se pasa el tiempo, al llegar al momento del reposo, el alma se encumbra hasta los cielos considerando la morada del descanso, y bendice al Señor y lo adora, poniéndose en sus brazos como un hijo en el seno de su madre: ¿puede darse mayor felicidad? Respondan los hombres que raciocinan, no aquellos que encuentran su dicha en postergar el raciocinio, para entregarse, cual brutos, á los placeres del sentido; respondan, y nos dirán que sólo en el cielo puede hallarse mayor dicha que ésta.

Sí; la paz y la dicha son el patrimonio del hombre justo; para él no hay otra desdicha que el no amar á Dios; y si no, preguntadlo al divino Pablo; pocos hombres ha habido de mayores vicisitudes; pocos que tan continuamente hayan sido combatidos de las adversidades; aquí lo apresan los fariseos; allí lo encarcelan los romanos; tres veces es azotado públicamente; tres veces se vió entre las ondas enfurecidas, naufragando ya sin recurso; tan pronto tiene que echar mano de su astucia y de su ciencia, tan pronto de la política, para evadirse de entre sus enemigos; los trabajos se aumentan, las persecuciones crecen, y, con todo, ¿sabeis lo que pasa por el corazón magnánimo de Pablo? ¡Qué calma! ¡Qué serenidad! ¿Y quién las producía? El amor de Dios y el del prójimo; sí: era Dios para este Apóstol el objeto más amable, y se complacía en las aflicciones y desgracias que sufría por Él; lo que más ardientemente deseaba era su gloria, y por propagarla no temía á las cadenas ni á la muerte; decidle si acaso se entristeció cuando le prendieron los judíos y lo ataron; si se afligió al hallarse en el estrado de Festo; si se turbó al llegarse al tribunal del César; si por fin se asomó á su alma la melancolía en medio de tantos peligros como él mismo cuenta, de rios, de desiertos, de caminos, de ladrones, de malos hermanos, y os

dirá siempre que está rebotando en gozo al verse atribulado. *Superabundo gaudio in omni tribulatione.* ¿Y quién persigue á Pablo? Son sus deudos, sus compatriotas, sus discípulos, sus hermanos; son los hombres; pero Pablo los ama; Pablo no ve en sus enemigos más que unos hermanos seducidos por el error; no atribuye las persecuciones sino á las pasiones, no á las personas. Pablo quisiera más persecuciones, más afrentas, más tormentos, más anatemas, con tal que se salvaran estos hermanos suyos. *Cupiebam ego anathema esse pro fratribus meis.* Pregunto yo ahora: ¿dónde está la dicha omnimoda del divino Pablo? En el cumplimiento de la ley; en el amor de Dios y del prójimo. Basado en este sólido cimiento, no podrán hacerlo desdichado ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo futuro, ni fortaleza, ni altura, ni otra criatura. ¿Cuál es la razón, amados míos? Porque ninguna podrá separarlo del amor de Dios, que es en Jesucristo Señor Nuestro. Hé aquí un hombre bien dichoso.

Permitidme que inste aún en esta materia; no está la dicha en conocer á Dios, sino en amarlo; si hay alguna felicidad en la tierra, es ésta. ¡Ah! El demonio conoce á Dios, y es desdichado porque no lo ama; el filósofo conoce á Dios, y no es feliz porque no lo ama; los grandes pecadores conocen también á Dios, y son desgraciados porque no lo aman; en consecuencia, no está la felicidad en conocer al Bien sumo, sino en amarlo. ¿Dónde sino en el quebrantamiento de la ley está la desdicha, la miseria y la desesperación? ¿No veis á ese hombre que anda con aspecto ceñudo, con frente humillada, con melancolía continua, sin paz, sin reposo, sin alegría ni satisfacción con sus amigos? ¡Ah! Es un usurero que ha chupado la sangre del pobre; es un ratero que ha violado las leyes de la justicia; es un padre de familia que ha sembrado el escándalo en el hogar doméstico. ¿No veis á

ese otro, que en su fisonomía lleva delineado el espanto y el terror, á ese cuyas miradas siniestras indican su desasosiego, á ese que toma un lazo y se ahorca, á ese que entierra el acero en su propio corazón, á ese que se priva de lo más precioso que tiene, de su existencia? Pues bien, señores; ese es, ó un Cain que ha derramado sangre humana, y cree que lleva pintado en su rostro el asesinato, y que cuantos lo vean han de ser ministros de la justicia divina; ese un Achitofel, que ha hecho traición á sus juramentos, ó un Judas que ha vendido á su Maestro, ó un Antíoco que ha despojado el santuario. ¡Ay! La cosa más infeliz es el hombre pecador. Para confirmar esto no hay para qué nombrar á los Profetas; la experiencia cotidiana nos enseña que más trabajo cuesta ser malo que bueno; la experiencia de cada uno de nosotros quizás nos dice que cuando vivimos apartados de la ley divina andamos tristes, taciturnos y melancólicos, y no hallamos paz ni alegría sino en el arrepentimiento. ¡Ah! ¡Cuántos me están oyendo que no son devorados por la tristeza sino porque son infieles al amor divino! ¡Cuántos que en medio de la abundancia no encuentran su dicha, porque les falta el amor divino!

Desengañémonos al fin, amados míos; para ser feliz en este mundo no es preciso ser rico, ni obtener dignidades, ni mucho ménos entregarse á los placeres y diversiones; nuestro bienestar dichoso está en nuestro propio corazón, y no depende de objetos exteriores; Dios es el único que nos beatifica en esta vida y en la otra; pero es preciso amarle; sin el amor divino, los mismos ángeles que conocen á Dios con toda perfección, no serían dichosos en el cielo. ¡Ah, hijos de los hombres! Oídme para que no tengais que derramar tantas lágrimas. ¿Queréis ser felices en la tierra? Observad la santa ley de Dios. ¿Queréis convenceros de que ni la pobreza, ni las enfermedades, ni las desgracias pueden quitaros esta dicha?

Pues escuchad una breve historia, examinad un modelo que voy á delinearos en dos palabras. Allá en Nínive había un pobre desterrado, quien después de haber merecido por su probidad ser del número de los áulicos y haber abundado en riquezas, vino á gran pobreza, ora por no haber conservado la gracia del príncipe, ora por haber gastado sus caudales en limosnas; fiel observador de su ley, nunca se contaminó en los ritos idólatras, adorando á Dios y pagando los diezmos y primicias. Era este hombre tan religioso y compasivo, que al oír que había sido muerto alguno de sus compatriotas, dejaba hasta la mesa del convite para darle sepultura. Sucedióle un día que, fatigado con este trabajo, llegó á su hogar y se reclinó en el suelo bajo un nido de golondrinas, y estando durmiendo le cayó sobre sus ojos estiércol caliente de aquellas avecillas, y cegó. Este hombre era Tobías. Creyó este justo que se acercaba su última hora, y llamando á su hijo, quiso despedirse de él y darle sus últimos consejos: «Hijo mío, le dice: oye mis palabras y ponlas como un cimiento en tu corazón. Luego que Dios recibiere mi alma, sepulta mi cuerpo, y honrarás á tu madre todos los días de tu vida; tendrás á Dios presente en tu espíritu todos los días de tu vida, y guárdate de consentir jamás en pecado ni quebrantar los mandamientos del Señor. De tus haberes haz limosna y no apartes jamás tus ojos del pobre, porque así tampoco los apartará Dios de tí. Huye, hijo mío, del crimen, y no permitas jamás que reine la soberbia en tus pensamientos; no hagas á nadie lo que no quisieras que te hiciesen á tí mismo. Alaba al Señor en todo tiempo y pídele que enderece tus caminos.» ¡Cuántas desgracias se reúnen en esta familia! El destierro y la persecución son su único patrimonio; el único modo de vivir es su trabajo: la ceguera ha aumentado las privaciones, los amigos insultan, el Rey expide un decreto de muerte; ¿creeis acaso que Tobías es desgraciado

por verse acosado de tantos males? ¡Ah, ciencia humana, cómo quedas confundida! Oid las últimas palabras del anciano, y os enternecereis é instruireis: «Hijo mio, le dice: no temas; es verdad que pasamos una vida pobre, mas tendremos muchos bienes si temiéremos á Dios y nos apartáremos de todo pecado é hiciéremos el bien.» Al decir estas palabras, aquella mano patriarcal se alza al cielo y derrama sobre el hijo copiosas bendiciones; un ósculo santo sella sus mejillas; un casto abrazo los estrecha, y un torrente de lágrimas de gozo corre por las venerandas mejillas de Tobías, de Sara y del afortunado jóven. ¡Ah! La poesía con sus fingidas edades de oro no ha llegado aún á pintarnos un cuadro tan patético, donde tanto abundan la dicha y la bienandanza.

Sigamos, pues, las pisadas de estos justos, y seremos felices en la tierra, como ellos lo fueran en la observancia de la ley divina. Busquemos á Dios en todas nuestras acciones; amémosle con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas, y así tendremos, aún en este mundo, la dicha de estar moralmente ciertos que algun día conmutaremos la dicha de la tierra por la bienaventuranza del cielo. Amen.

SERMON

SOBRE

LA INDIFERENCIA EN RELIGION COMO INJURIOSA Á DIOS.

(PARA EL DOMINGO II DE CUARESMA.)

Hic est Filius meus dilectus... Ipsum audite.

Éste es mi Hijo el amado... Oid su voz.

(MATH., XVII, 5.)

En el vértice de una montaña, y en el silencio de una noche apacible; en presencia de unos séres venerables por su antigüedad y sus hazañas y virtudes, y á la vista de unos discípulos ignorantes todavía, se representa una escena sorprendente y halagüeña. Un hombre, semejante en todo su exterior á los demás, mortal y corruptible como los otros, y compuesto de carne tosca como todo hijo de Adán, se reviste por unos momentos de una hermosura sobrehumana, descubre á los que le rodean una gloria que ocultaba bajo el grosero velo del cuerpo, enseña su noble figura más esplendente que el sol, y sus vestidos más blancos y hermosos que la nieve, convirtiendo la áspera montaña y la noche oscura en morada deliciosa y en día claro y sereno; era Jesus en el Tábor, asistido de Elías y Moisés, y acompañado de sus más amados discípulos.

Nada de esto me admira, amados míos, cuando sé